

## ALONSO ZAMORA VICENTE Y LA HISTORIA DE LA RAE: ESCRITORES DE HOY, ACADÉMICOS CON MAYÚSCULAS

José ROMERA CASTILLO  
Universidad Nacional de Educación a Distancia

Alonso Zamora Vicente, además de filólogo egregio, narrador realista y crítico literario perspicaz, como ha dado muestra en tan larga y dilatada trayectoria vital, gracias a su laboreo constante y amor profundo a una Institución muy señera en el ámbito intelectual de España (y fuera de ella), desde que fuera elegido para ocupar el sillón D (el 26 de mayo de 1966) y tomase posesión (el 28 de mayo de 1967), ha dedicado a Real Academia Española gran parte de su vida, habiendo sido su Secretario perpetuo (desde 1971 a 1989). Nadie mejor que él para escribir una monumental, documentada y actualizada historia de la ilustre Corporación. Con el volumen, de bellísima y esmerada factura, *Historia de la Real Academia Española*<sup>1</sup>, Zamora Vicente da una muy buena muestra de un magistral quehacer histórico, aunque él nos lo presente, humildemente, como «un intento de acercamiento a la Real Academia Española».

Cuando fui invitado a participar en este merecidísimo homenaje a don Alonso, acababa de llegar a mis manos el voluminoso libro, que devoré, incansable, en pocos días. Tal fue la impresión que su lectura causó en mí, que cuando el amigo y colega José Carlos Rovira me propuso intervenir en el mismo, al instante le proporcioné el título de mi intervención. Pensaba —eso sí—, primero, que en este homenaje, previo a la investidura de doctor *honoris causa* de don Alonso por la Universidad de Alicante, no intervendrían tantos destacados creadores y filólogos; y que, tal vez, sería yo el único que hablaría sobre Zamora Vicente como historiador de la Academia. Nada más lejos —afortunadamente— de la realidad, ya que, como pude comprobar al llegar a mis manos el completísimo programa de este homenaje, Manuel Seco trataría sobre el tema. Por ello, mis planes iniciales de hacer una síntesis muy general de la labor de historiador de la RAE, fueron cambiados y he preferido centrarme en algo mucho más concreto y reducido, cual es la labor de biógrafo y de enjuiciamiento crítico que le merecen a Zamora los escritores vivos (y su obra) que ocupaban los sillones de las letras mayúsculas —dejo para otra ocasión los ocupantes de las sillas de las letras minúsculas— en 1996, fecha con la que el biógrafo cierra su historia. Todo ello, basado en el epígrafe I de «Letras mayúscu-

---

1 Madrid, RAE / Espasa Calpe, 1999.

las» de los siglos XIX y XX (págs. 109-243), titulado «Memoria de académicos», que tiene una finalidad: traer a colación la manera de trabajar de Zamora que, cual orfebre riguroso, nos proporciona, a través de breves pinceladas, unos retratos muy atinados de algunos escritores españoles que han ocupado algún sillón en la docta Institución.

Es preciso indicar que Zamora, para conseguir el objetivo propuesto, nos advierte que «la historia real de una corporación es la suma de las historias particulares de sus componentes» (pág. 9); que su tarea al respecto será la de presentar una «escueta ficha telegráfica de cada ocupante de las plazas académicas» (pág. 9), limitándose «a instalarlos en el sillón correspondiente y encarrilar al lector a otras vías donde pueda satisfacer plenamente la curiosidad [...], sobre todo a aquellos que, con todo derecho, desfilan por las páginas de la historia literaria» (pág. 109); y que «los académicos vivos —sobre los que trataremos— son presentados con voluntaria brevedad» (pág. 10)<sup>2</sup>. Veamos, a continuación, su proceder. Pero antes, me van a permitir que señale algo (muy poco) sobre mi proceder: en lugar de ir analizando sillón por sillón, en el orden alfabético establecido, como podría haber hecho, me ha parecido más pertinente operar con otro sistema. ¿Cuál? Será mejor que nos refiramos a las partes que articulan ese todo del campo de Agramante que constituye la literatura.

Pero antes de iniciar el tratamiento del objetivo previsto, creo conveniente detenernos, en primer lugar, en el retrato que el historiador nos proporciona de sí mismo. Si la labor del biógrafo será escueta y comedida con los demás académicos ¿cómo se comporta el historiador al dar cuenta del ocupante del sillón D? Veamos. Zamora (nacido en Madrid, el 1 de febrero de 1916: dato que, quizás, no constate por discreta coquetería)<sup>3</sup> señala de sí mismo (págs. 128-129) varios aspectos: ocupación docente (catedrático en la Universidad Complutense y en diversas universidades europeas y americanas); labor llevada a cabo en la Academia («secretario de la Corporación entre 1971 y 1989, en que renunció» —atención a la coletilla—, presidente de «la Comisión permanente entre 1974 y 1990» y colaborador del «*Diccionario Histórico* y coordinador de la última edición del *Diccionario Manual* (1989)». Pero además, de una manera breve y, como es lógico, simplemente descriptiva, da cuenta de su labor profesional: «En la actualidad ocupa la silla D el filólogo, crítico y narrador Alonso Zamora Vicente». Del filólogo, proporciona algún detalle (su intervención en actividades de la Academia); del crítico (literario: actividad que ha cultivado con recia y amplia firmeza), un apunte: «Ingresó en la Corporación el 28 de mayo de 1967», tras la muerte de Melchor Fernández Almagro, con un discurso sobre «La realidad esperpéntica (Aproximación a *Lucas de Bohemia*, de Ramón del Valle-Inclán», que fue contestado por Rafael Lapesa; y lo que me (nos) llama la atención es que señale, sobre una de sus querencias más profundas, solamente que es *narrador* (no novelista o cuentista), quizás por ese humilde y discreto modo de actuar que siempre le ha caracterizado. Todo un autorretrato, sintético y nada valorativo.

## 1. Novelistas

Empezaremos nuestro recorrido en esta parcela con un escritor del exilio, llegado a la Academia. La silla Z, tras la muerte del lingüista Salvador Fernández Ramírez (9 de febrero de 1983), fue ocupada por Francisco Ayala y García Duarte (Granada, 16 de marzo de 1906)<sup>4</sup>, con

2 Para más detalles pueden verse los apuntes (a veces muy autobiográficos) del volumen *Al pie de la letra. Geografía fantástica del alfabeto español que escriben los miembros de la Real Academia Española inspirándose en la letra del sillón que en ella ocupan. Crearon sus textos en el entorno del año 2000, atalaya de milenios, bajo el patrocinio de Caja Duero* (Salamanca: Gráficas Varona, 2001). En adelante APL.

3 Cf. Alonso Zamora Vicente, «D mayúscula (También hay letras fantasmales)» (APL, págs. 45-50).

4 Francisco Ayala, «Z mayúscula» (APL, págs. 247-251).

un discurso de entrada (leído el 25 de noviembre de 1984), al que contestaba don Rafael Lapesa, sobre «La retórica del periodismo». En su retrato (pág. 228a-b), el biógrafo destaca del «novelista, ensayista y sociólogo» que «se exilió al fin de la guerra civil: Argentina, Puerto Rico (1950) y Estados Unidos (1956), país este último donde todavía desarrolla cursos especiales», y que «vuelto a España, ya en 1960, a intervalos, se estableció definitivamente en Madrid en 1980». Zamora señala varios aspectos de su larga trayectoria vital: novelista destacado<sup>5</sup>, «es creador de una prosa brillante, lírica y muy relacionada con el cine»<sup>6</sup>; colaborador de *Revista de Occidente* y *La Gaceta Literaria*, y fundador de *Realidad* (Argentina) o *La Torre* (Puerto Rico); crítico y sociólogo<sup>7</sup>, habiendo «recibido total reconocimiento en España (premios, ediciones, etc.)».

Nos detendremos, en segundo lugar, en un Premio Nobel. El sillón Q, tras la muerte del almirante Rafael Estrada Arnaiz (18 de octubre de 1956), fue ocupado por Camilo José Cela Trulock (1916-2002)<sup>8</sup>, que llegaba a la Academia con cuarenta años, «edad de extrema juventud si se compara con lo habitual entonces» y que «leyó un significativo discurso sobre ‘La obra literaria del pintor Solana’, al que contestó Gregorio Marañón». Zamora constata, además, en su retrato (págs. 197b-198a) que Cela es un «hombre de letras puro (si se exceptúa su corto período de senador por designación regia, período en el que se redactó la Constitución de 1978)», por lo que «esta condición de entrega a la literatura ha sido reconocida con el Premio Nobel en 1989». Sobre la obra del escritor gallego —de la que «no es posible repetir aquí la larga lista de publicaciones»— el biógrafo señala: que «la novela *La familia de Pascual Duarte* tuvo, en 1942, la tarea de reanudar, por encima de situaciones extremadamente conflictivas, la novelística en España»; y que «Después, todo han sido pasos afirmativos —[hecho discutible]—, en progresión creciente, hasta colocarse en el primer lugar de las letras españolas».

En tercer lugar, haremos referencia a un escritor de doble nacionalidad. La silla L, tras la muerte del médico y ensayista Juan Rof Carballo (10 de octubre de 1994), fue ocupada por «el novelista peruano —con ciudadanía española, además— Mario Vargas, Llosa» (Arequipa, 28 de marzo de 1936)<sup>9</sup>, que ingresó en la Academia —«en sesión presidida por sus SS. MM. los Reyes don Juan Carlos y doña Sofía, el 15 de enero de 1996»— con un discurso, «Las discretas ficciones de Azorín», respondido por Camilo José Cela. A Vargas Llosa Zamora lo retrata (pág. 174a) como «autor dramático, además de novelista<sup>10</sup>, ensayista lúcido y penetrante, cronista de viajes, articulista y brillante en todas sus vertientes», siendo «uno de los más señeros representantes de la literatura en lengua española de este siglo». Resalta, además, que sus extraordinarias dotes como creador han sido refrendadas por la concesión de numerosos premios<sup>11</sup>.

5 «Ayala, antes de su exilio, había publicado ya sus primeras novelas: *Tragicomedia de un hombre sin espíritu*, 1925; *Historia de un amanecer*, 1926; *Cazador en el alba*, 1930, etc.»

6 «De años posteriores son *Los usurpadores*, *La cabeza del cordero*, 1949; *Historia de macacos*, 1955; *Muertes de perro*, 1958; *El fondo del vaso*, 1967. En 1982 ha comenzado la publicación de *Recuerdos y olvidos*, en tres partes: *Del paraíso al destierro*, *El exilio*, *Retornos* (1982, 1983, 1988)».

7 «Aunque no corresponda propiamente a este lugar, hay que recordar su abundante producción de tipo crítico sociológico: *El escritor en la sociedad de masas*, 1956; *Tratado de sociología*, 1959; *Reflexiones sobre la estructura narrativa*, 1970; *El tiempo y yo*, 1992, y otros muchos».

8 Camilo José Cela, «Q mayúscula. Bambalina de cus» (APL, págs. 187-188).

9 Mario Vargas Llosa, «L mayúscula. Libre, lectora, literaria, leguleya y liberal» (APL, págs. 117-119).

10 Pudiendo destacarse, «entre sus éxitos más recientes», obras como *Elogio de la madrastra* (1988), *Lituma en los Andes*, por la que recibió el Premio Planeta 1994, y, últimamente, *Cuadernos de don Rigoberto* (1997)».

11 Y continúa: «entre los que cabe destacar, por su especial significación, el Premio Príncipe de Asturias de las Letras (1986) y el Premio Cervantes (1994)».

En cuarto lugar, conviene tener en cuenta lo que Zamora constata sobre autores foráneos de Madrid. Muerto el poeta y ensayista Luis Rosales, fue elegido, para cubrir la vacante del sillón C, el novelista Luis Goytisolo Gay (Barcelona, 17 de marzo de 1935)<sup>12</sup>, que ingresó en la Academia (el 29 de enero de 1995) con un discurso sobre «El impacto de la imagen en la narrativa española contemporánea», al que contestó otro novelista destacado, el granadino Francisco Ayala. Del barcelonés (pág. 122b), Zamora destaca, en primer lugar, que «es autor de excelentes novelas» —dando a continuación algunos de sus títulos más señeros<sup>13</sup>— y que «está en plena producción»<sup>14</sup>; pero, sobre todo, hace una observación de gran interés, con la que señala un nuevo modo de proceder de la docta Casa: «Al abrirse la Academia hacia los escritores que laboran en núcleos apartados de Madrid y que viven lejos de la capital, pretende ensanchar su base y su proyección social».

El sillón E, tras la muerte de Juan Ignacio Luca de Tena, dramaturgo y periodista, fue ocupado por Gonzalo Torrente Ballester (1910-1998)<sup>15</sup>. En el retrato del ferrolano (págs. 134a-b), Zamora destaca: su labor académica (catedrático de Institutos de Enseñanza Media), así como su tarea de crítico literario y teatral (fundamentalmente) «durante muchos años», como bien puso de manifiesto —además de en numerosos estudios— en su discurso de ingreso en la Corporación, contestado por Camilo José Cela (el 27 de mayo de 1977), titulado «Acerca del novelista y de su arte». Pero lo que más nos interesa es su retrato literario. Zamora constata, en primer lugar, que «a pesar de sus primeros pasos teatrales, la novela ha terminado por imponerse en su producción»; después, tras una sarta breve de títulos<sup>16</sup>, que estas novelas «son testimonios de su técnica y del mundo creado por su voluntariosa tenacidad» y, finalmente, destaca que «su texto más conocido es la trilogía *Los gozos y las sombras: El señor llega* (1957), *Donde da la vuelta el aire* (1960) y *La Pascua triste* (1962)», debido —creo— a la serie que sobre la misma realizó y emitió TVE-1, posteriormente, dato que nuestro historiador no consigna quizás por no molestar a su autor<sup>17</sup>.

La silla F, tras la muerte del novelista Manuel Halcón Villalón-Daoiz, fue ocupada por el escritor José Luis Sampedro (Barcelona, 1 de febrero de 1917)<sup>18</sup>. Del mismo (pág. 140a-b), Zamora proporciona dos claves de su trayectoria vital: «novelista y economista». Del segundo aspecto, no ofrece más datos que los referidos a su discurso de entrada en la Corporación (el 2 de junio de 1991), «Desde la frontera», contestado por Gregorio Salvador Caja, en el que señala que «analizó diversas situaciones provocadas por el hecho de vivir en zona fronteriza, observando los problemas surgidos con ancha voluntad de entendimiento». Pero de esta «personalidad muy varia y rica», Zamora constata, en primer lugar, que «es escritor de éxito: *Congreso de Estocolmo* (1952); *El río que nos lleva* (1961); *Octubre, Octubre* (1981) son hitos en su producción novelística», habiendo sido «su último gran éxito de público», *La sonrisa etrusca* (1985)<sup>19</sup>; en segundo lugar, como buen crítico, da dos pincelados sobre *La vieja sirena* (publica-

12 Cuyo segundo apellido (Gay) no queda consignado, quizás para ser fiel a cómo firma sus libros el escritor. Cf. Luis Goytisolo, «C mayúscula» (APL, págs. 35-37).

13 «*Las afueras* (1958), novela con la que se dio a conocer, y más tarde, bajo el título general de *Antagonía*, ha recogido *Recuento* (1973), *Los verdes de mayo hasta el mar* (1976), *La cólera de Aquiles* (1979) y *Teoría del conocimiento* (1981; edición conjunta en 1983)».

14 «Todavía en 1992 ha publicado *Estatua con palomas*, que obtuvo el Premio Nacional de narrativa (1993)».

15 Gonzalo Torrente Ballester, «E mayúscula. El escritor y la palabra» (APL, págs. 59-62).

16 Como «*La saga fuga de J.B* (1972), *Fragmentos de Apocalipsis* (1977), *Quizás nos lleve el viento al infinito* (1984), *Filomeno, a mi pesar* (1988), *La isla de los jacintos colorados* (1980), etc.»

17 Habría que añadir que el sillón E, tras la muerte de Torrente Ballester, fue ocupado por la historiadora M<sup>a</sup> del Carmen Iglesias Cano (elegida el 13 de abril de 2000).

18 José Luis Sampedro, «F mayúscula. El jardín de la F» (APL, págs. 68-72).

19 La última referencia novelística es la siguiente: «en 1994, publicó la novela *Real Sitio*».

da en 1990) —«novela histórica, situada en la antigua Alejandría, pero de fácil adaptación a nuestros días»— y en tercer lugar, indica que «ha obtenido premios teatrales».

El sillón K —como veremos también luego— fue ocupado, tras la muerte de la primera mujer que ingresó en la Corporación, por una novelista. De ello da constancia Zamora en «La Academia hoy» (pág. 559): «El día 8 de enero de 1996 moría en Madrid la poetisa [¡atención al término!] Carmen Conde Abellán. Ha llenado su vacío otra mujer: la novelista Ana María Matute» (Barcelona, 1926)<sup>20</sup>, que tomaría posesión de la silla (el 19 de enero de 1998)<sup>21</sup>. Zamora nos presenta a la escritora como «una de las autoras más singulares de nuestras letras, tanto por la independencia de su trayectoria estética, como por su inagotable capacidad para explorar una veta de imaginación y fantasía que la ha convertido en modelo para las generaciones futuras», dando a continuación referencia de algunas de sus piezas: «Entre sus obras, tanto novelas como libros de relatos, cabe destacar: *Los Abel* (1948), *Primera memoria* (1960), *Historias de Artámila* (1961), *Algunos muchachos* (1968), *La torre vigía* (1971), siendo su obra más reciente la monumental *Olvidado rey Gudú*».

Zamora se refiere a dos periodistas que, a la vez, han cultivado también el género novelístico. La silla N, tras la muerte (en 1971) del historiador del Arte Francisco Javier Sánchez Cantón, fue ocupada (el 3 de junio de 1973) por el periodista (director del periódico *ABC*) y escritor Torcuato Luca de Tena Brunet (1923-1999)<sup>22</sup>, con un discurso sobre «La literatura de testimonio en los albores de América», al que contestó el poeta Luis Rosales. En su retrato (pág. 183b) el biógrafo nos lo describe: en primer lugar, como «novelista fecundo» (por lo mucho que escribió, sin aportar dato valorativo alguno) —destacando las obras con «temática abundante en este tiempo: la reconsideración de la infancia y la juventud»<sup>23</sup>, «las interesantes revisiones de la sociedad franquista»<sup>24</sup>, que «la última aparecida, *La llamada*, 1994, es una reflexión profunda sobre la aventura de vivir, con claros ecos de la picaresca», penetrando también «en los relatos de fondo histórico»<sup>25</sup>—; en segundo lugar, como poeta, al cultivar «los territorios del verso»<sup>26</sup>; y en tercer lugar, que «practica con fortuna la prosa entre el ensayo y el reportaje»<sup>27</sup>.

El otro, es un periodista muy ligado al grupo PRISA. A Zamora, antes de cerrar su historia de la Academia, le da tiempo a incluir el perfil del nuevo titular del sillón V (págs. 559-560), que tras la muerte de Emilio García Gómez (el 31 de mayo de 1995), fue ocupado por Juan Luis Cebrián Echarri (Madrid, 30 de octubre de 1944)<sup>28</sup>, «destacado periodista, especialista en temas de comunicación, sobre los que ha escrito diversos ensayos, y autor de la novela *La rusa* (1986)», que ingresó en la Academia (el día 18 de mayo de 1997) con un discurso, titulado «Memoria sobre algunos ejemplos para la transición política en la obra de D. Gaspar Melchor de Jovellanos», al que contestó el novelista Luis Goytisolo<sup>29</sup>.

20 Ana María Matute, «K mayúscula. Fábula de joven K» (*APL*, págs. 107-110).

21 En el *Anuario* de la RAE del año 2001 aparece que la toma de posesión tuvo lugar el día 18 de enero de 1998 (pág. 51).

22 Torcuato Luca de Tena, «N mayúscula. Ene» (*APL*, págs. 143-145).

23 En obras como «*Edad prohibida*, 1958; *La brújula loca*, 1965». A estas piezas le siguieron otras (aunque con temática distinta) como «*La mujer de otro*, 1961; *Pepa Niebla*, 1965».

24 En obras como «*Señor ex-ministro*, 1977».

25 Como «*La otra vida del Capitán Contreras*, 1953».

26 Como el poemario «*Poemas para después de muerto*, 1953».

27 Como en «*Embajador en el infierno* (1955)». Al escritor —habría que añadir— le sucedería el lingüista Guillermo Rojo Sánchez (elegido el 27 de enero de 2000, tomando posesión el 7 de octubre de 2001).

28 Juan Luis Cebrián, «V mayúscula. La uve voraz» (*APL*, págs. 239-242).

29 De Francisco Nieva (letra J) Zamora destaca también su labor como novelista. Habría que añadir que otros novelistas han ocupado sillones de la Academia (posteriormente a 1996, fecha en la que Zamora cierra su historia): Fernando Fernán-Gómez (letra B) —que tomó posesión el 30 de enero de 2000— y Luis Mateo Díez (letra I) —que tomó posesión el 20 de mayo de 2001—.

## 2. Poetas

Iniciaremos este apartado<sup>30</sup> con un *caso peculiar*. La silla K, en la «Memoria de Académicos» de Zamora, queda ocupada por Carmen Conde Abellán (1907-1996). Conviene que nos detengamos en ello por una razón importante: la «poetisa» —como la denomina el historiador, frente a la denominación de poeta, como prefieren llamarse las escritoras de este género más comprometidas con el feminismo— fue la primera mujer que ingresó en la Academia. Ante el hecho conviene apuntar algo.

Es cierto que Zamora había tenido participación en el caso de otra mujer que intentó entrar en la Academia. Me refiero a María Moliner —de la que ensalza su labor—, cuya candidatura fue superada en votos «con abundante mayoría, a favor de Emilio Alarcos Llorach», para el sillón B, en 1972, ya que «la llegada de Alarcos a la Academia suponía la entrada en la Corporación de las más avanzadas teorías lingüísticas, ya vigentes en todo el mundo, y que a España habían llegado con cierto retraso, debido a nuestra guerra primero y a la mundial después» (pág. 496). Zamora Vicente será el encargado de dar la bienvenida al catedrático de Oviedo en nombre de la Corporación.

Pues bien, del hecho de la entrada de la primera mujer en la Academia el historiador nos da dos versiones. En la primera, en el retrato de la silla K (pág. 170a-b), destaca que «su elección puso fin a la larga polémica de prensa, radio, etc., sobre la entrada de mujeres en la Academia. Carmen Conde rompió el fuego y saltó las barreras», al ingresar en la Corporación (el 28 de enero de 1979) con un discurso sobre «Poesía ante el tiempo y la inmortalidad», al que le contestó Guillermo Díaz Plaja. Y en la segunda, en el capítulo «Las mujeres en la Academia» (págs. 485-499), tras hacer un repaso de los intentos de diversas intelectuales de entrar en la Corporación (María Isidra de Guzmán y la Cerda —designada solamente honoraria—, Gertrudis Gómez de Avellaneda, Emilia Pardo Bazán, Blanca de los Ríos, Concha Espina, Sofía Casanova y María Moliner) —defendiendo siempre la actitud (discutible, digo yo) de la Academia— señala: «Y así, sin que las actividades feministas, especialmente ante aires políticos de nuevo signo, hayan cesado, se rompió el hielo secular en 1978».

Por amplísimo margen de votos fue elegida<sup>31</sup> Carmen Conde Abellán, exquisita poeta y profesora, delicada voz lírica, para la silla K, en la que sucedió a Miguel Mihura (que no tomó posesión, por lo que, en realidad, Carmen Conde sucedió a Gili Gaya, el ilustre filólogo). Zamora señala, además, que en 1983 accedió a la silla a minúscula la novelista Elena Quiroga de Avarca —resaltando a continuación el dato: objetivo y, a la vez, marcadamente expresivo— «en ambos casos, dirigía la Corporación Dámaso Alonso y era secretario Alonso Zamora Vicente» (pág. 497). Que quede muy claro...

Constatado el hecho, hay que indicar que Zamora en su retrato de Carmen Conde<sup>32</sup> destaca que «la poetisa de larga historia cuando es llamada a la Academia», en sus primeros libros poéticos<sup>33</sup> «aún señalan el influjo de las vanguardias», aunque «la guerra civil transformó su lenguaje hacia el paisaje decididamente humano: el amor, los sufrimientos ajenos, etc.»<sup>34</sup>. A su

30 También publicaron poesía académicos como Emilio Alarcos (letra B) y Manuel Alvar (letra T), que Zamora no señala.

31 Por amplia mayoría —como señala Zamora en nota (pág. 499)—, frente a las candidaturas de «la novelista Rosa Chacel y la señora Carmen Guirado, personalidad ajena a la literatura. Las votaciones (26 de enero de 1978) fueron muy claras, sin problema alguno».

32 La maestra nacional además escribió «novelas: *La Rambla* (1977), y *Soy la madre*, 1980».

33 «*Brocal*, 1929, y *Júbilos*, 1934».

34 «A esta situación, característica plena de la autora, corresponden *Pasión del verbo* (1944); *Mujer sin Edén* (1947); *Derribado arcángel* (1960), etc.»

muerte (el 8 de enero de 1996), otra mujer ocuparía su sillón, la novelista Ana María Matute (a la que nos hemos referido anteriormente).

El sillón M, tras la muerte de Salvador de Madariaga (el 14 de diciembre de 1978), fue ocupado (el 19 de octubre de 1980) por el poeta Carlos Bousoño (Boal, Asturias, 9 de mayo de 1923)<sup>35</sup>, con un discurso de entrada sobre «El sentido de la evolución de la poesía contemporánea en Juan Ramón Jiménez», al que contestó Gonzalo Torrente Ballester. En el pequeño apunte biográfico de Carlos Bousoño (págs. 178b-179a), Zamora indica sus tres actividades más importantes: la de «un destacado poeta» y ensayista, labor última redondeada «con una abnegada labor docente». De las dos últimas —sobre todo de su actividad crítica (tan importante)— no se señala nada; pero sobre el primer aspecto, el biógrafo constata que Bousoño es «figura de primer orden en la lírica de posguerra [y que] su obra ha servido de modelo y guía a las generaciones jóvenes»<sup>36</sup>, destacando (y reiterando) que «sus últimos poemarios revelan una voz acendrada y encaminada a iluminar amplias zonas de la realidad: *Oda en la ceniza* (1967), *Metáfora del desafuero* (1988), libros que hacen de su autor figura cumbre de nuestro crear poético».

La silla I queda ocupada en la relación de Zamora Vicente, tras la muerte de Gerardo Diego (el 9 de julio de 1987), por «otro poeta, de generación más joven, pero de reconocimiento y significación cercanas», Claudio Rodríguez García (1934-1999)<sup>37</sup>. Además de este juicio sobre el poeta zamorano (pág. 160a), el historiador añade que «ha conseguido los premios más significados en el ámbito de la lírica»<sup>38</sup> y que el discurso de ingreso (el día 29 de marzo de 1992), contestado por «su colega» Carlos Bousoño Prieto, versó sobre «La poesía como participación: hacia Miguel Hernández»<sup>39</sup>.

El sillón O, tras la muerte del insigne poeta Vicente Aleixandre (el 14 de diciembre de 1984), fue ocupado por Pere Gimferrer Torrens (Barcelona, 22 de junio de 1945)<sup>40</sup>, con un discurso de ingreso sobre «Perfil de Vicente Aleixandre» (el 15 de diciembre de 1985), al que contestó el novelista Francisco Ayala. Zamora constata del poeta catalán (pág. 187b) —que, además, «ejerce la asesoría literaria de una importante editorial barcelonesa» [Seix Barral]— el bilingüismo de su escritura («Su obra se vuelca en dos caminos: castellano<sup>41</sup> y catalán<sup>42</sup>»); la utilización de «un lenguaje brillante, opulento, con regusto modernista» y la práctica —además— de la prosa<sup>43</sup>. Pero el retrato termina de una manera curiosa, que no me resisto a traer a colación: «Su residencia en Barcelona, le impide la plena participación en el laboreo académico, aunque son notorios sus esfuerzos por compartir la vida de la Casa». En efecto, si consultamos el *Anuario* de la RAE<sup>44</sup>, correspondiente al año 2001, en la sección del «Escalafón», a fecha de

35 Carlos Bousoño, «M mayúscula. La letra M de mi sillón académico» (APL, págs. 127-133).

36 «Sus libros de poesía son, entre otros, *Subida al amor* (1945), *Noche del sentido* (1957), *Invasión de la realidad* (1962)».

37 Claudio Rodríguez, «I mayúscula» (APL, págs. 91-93).

38 «Nacional de Poesía, 1983; de la Crítica, 1965; Castilla y León de las Letras, 1986; Premio Príncipe de Asturias, 1993, etc.»; añadiendo después: «Ha sido lector de español en Inglaterra: Nottingham (1958-1959) y Cambridge (1960-1964)».

39 Habría que añadir que, tras la muerte del poeta Claudio Rodríguez, fue elegido (el 22 de junio de 2000) para ocupar la silla el novelista Luis Mateo Díez, que tomó posesión un año después (el 20 de mayo de 2001).

40 Pere Gimferrer, «O mayúscula. Acerca de la letra O» (APL, págs. 159-163).

41 Obras como «*El mensaje del Tetrarca*, 1963; *Arde el mar*, 1996; *La muerte de Beverly Hills*, 1968. Hizo una recopilación de su obra en *Poemas: 1963-1969* (1969 y 1978)».

42 «Aparte hay que considerar su producción en catalán, especialmente a partir de 1970: *Els miralls*, *L'espai desert*, *La Lluna*, etc.»

43 En libros como «*Fortuny* (1983); *Dietario* (1984-1985)».

44 Madrid, Real Academia Española, 2001.

1 de octubre de 2000, Pere Gimferrer sumaba 126 asistencias (pág. 72), un número escaso desde la fecha ya lejana de su incorporación a la Academia<sup>45</sup>.

Zamora Vicente, por segunda vez, en el capítulo «La Academia hoy» (pág. 559), amplía la memoria de los académicos señalando que la silla P, tras la muerte de Julio Caro Baroja (el 18 de agosto de 1995), «ha sido ocupada por un poeta de magníficas cualidades: Ángel González Muñiz, nacido en Oviedo [el 6 de septiembre] en 1925», que tomó posesión de la silla el día 23 de marzo de 1997, con un discurso sobre «Las otras soledades de Antonio Machado» (al que contestó Emilio Alarcos, «gran estudioso de su obra»)<sup>46</sup>. Del «poeta de la llamada ‘generación del 50’, autor de ensayos sobre poesía, [que] ha ejercido como profesor de Literatura Contemporánea en la Universidad de Albuquerque (Nuevo México) hasta 1993», Zamora constata varios aspectos de su producción literaria: que en «su primer libro *Áspero mundo* (1956)», «aparecen ya constantes temáticas de su obra como la desolación, la desesperanza y la consiguiente exigencia de una solidaridad salvadora»; que «junto a la temática social, teñida de escepticismo corrosivo, en su obra, reunida bajo el título de *Palabra sobre palabra*, hay también lugar para el intimismo y el amor»; y que ha sido un poeta muy premiado<sup>47</sup>.

La galería de retratos de la silla G termina con la ocupación por el ensayista y diplomático José María de Areilza y Martínez-Rodas, conde de Motrico (1919-1998), que ingresó en la Corporación el 10 de diciembre de 1987. A su muerte —hay que añadir— fue elegido para ocupar la vacante (el 8 de abril de 1999) el poeta José Hierro<sup>48</sup> del que Zamora, como es obvio, no da apunte alguno. Algo igual ocurre con Francisco Brines (elegido el 19 de abril de 2001), que sucedería a Buero Vallejo en el sillón X. Ambos, cuando escribo estas líneas, todavía no han tomado posesión de sus asientos.

### 3. Teatro

Dos son los dramaturgos<sup>49</sup> vivos —entonces— de los que da cuenta Zamora en su galería de retratos: Buero Vallejo y Francisco Nieva. El sillón X, tras la muerte del bibliógrafo Antonio Rodríguez Moñino (el 20 de junio de 1970), fue ocupado por Antonio Buero Vallejo (1916-2000)<sup>50</sup>, con un discurso de entrada en la Corporación (el 21 de mayo de 1972) sobre «García Lorca ante el esperpento», al que contestó Pedro Laín Entralgo. Zamora pinta (págs. 223b-224a) a quien «se dirigía hacia la pintura, pero los azares de la guerra le llevaron hacia otro lado: el teatro», como el «dramaturgo más señalado después de la guerra civil», desde que se diera a conocer «con *Historia de una escalera* (1949), obra que supuso la reanudación del quehacer escénico por encima de los años amargos de la contienda civil». «Su producción —prosigue—

45 Sin embargo, de Martín de Riquer —que vive también en Barcelona y que según el citado «Escalafón» tenía en la fecha indicada 259 asistencias (pág. 72), pese a haber entrado en la Corporación en 1965— no se dice nada al respecto.

46 Ángel González Muñiz, «P mayúscula. La letra P plática de sí misma» (APL, págs. 171-175).

47 Recibió el accésit del Adonais por su primer libro, *Áspero mundo* (1956), «posteriormente, se le concedió, en 1962, el premio Antonio Machado por su libro *Grado elemental*», recibiendo en 1985 «el premio Príncipe de Asturias de las Letras y, en 1995, el premio Reina Sofía en Poesía Iberoamericana».

48 José Hierro, «G mayúscula. Mamorial de agravios de la letra G» (APL, págs. 73-75).

49 Zamora se refiere a labor teatral de Ignacio Luca de Tena y Torrente Ballester (letra E) y de los novelistas Vargas Llosa (letra L) y José Luis Sampedro (letra F) —del que señala que «ha obtenido premios teatrales»—. De Fernando Lázaro Carreter (letra R) —autor de piezas como *La ciudad no es para mí*— no indica nada al respecto. Señalaré que una vez desaparecido Emilio Alarcos Llorach, tomó posesión del sillón B el polifacético escritor, actor y director Fernando Fernán-Gómez (el 30 de enero de 2000). Cf. de Fernán-Gómez, «B mayúscula. Consideraciones sobre la B» (APL, págs. 23-26).

50 Antonio Buero Vallejo, «X mayúscula» (APL, págs. 243-246).



no ha cesado de asomarse a los escenarios desde ese momento», destacando algunas piezas teatrales<sup>51</sup> del «excelente colaborador en las tareas académicas»<sup>52</sup> que «son, entre otras muchas, los sostenes de un teatro que ha recorrido, respetado y admirado, los escenarios de todo el mundo»<sup>53</sup>.

La silla J, muerto el filólogo clásico Antonio Tovar Llorente (el 15 de diciembre de 1985), fue ocupada por un nuevo y vanguardista académico. En el retrato (pág. 164a) de Francisco [Morales] Nieva (Valdepeñas, Ciudad Real, 29 de diciembre de 1927)<sup>54</sup> —que ingresó en la Academia (el 29 de abril de 1990) con el discurso «Esencia y paradigma del género chico», y que fue recibido por Carlos Bousoño—, Zamora destaca varios aspectos significativos de su vida. En primer lugar, señala el polifacetismo del artista: «Nieva es personalidad múltiple, escenógrafo, dramaturgo, novelista, figurinista, etc.». En segundo lugar, se fija en su actividad principal: «El teatro es su meta y su vocación», destacando que es «autor de obras dramáticas, algunas recibidas con escándalo», que «hoy figura en la primera línea de renovación de la escena», tanto con sus obras propias<sup>55</sup> como con «sus audaces adaptaciones de los clásicos (Cervantes, Galdós, Rivas, Aristófanes...)» y que «sigue en plena producción, sorprendiendo por el ancho ámbito de sus actividades escénicas». Y en tercer lugar, el historiador constata que «la crítica le ha emparentado con el mejor Valle-Inclán y con F. Arrabal, y ha hablado, de acuerdo con el autor, de un ‘teatro furioso’».

#### 4. Final

Como se puede colegir de lo anteriormente expuesto, en esta galería de mini-retratos, certeros y hagiográficos siempre, los escritores vivos se acomodan en las páginas de este volumen histórico, «comprometidos con la esperanza de atestiguar su paso y colaboración en las jornadas de la Academia» (pág. 10), «proclamando —nos dice Zamora Vicente— mi fe en el porvenir de la Institución, en augurar, en todo el ámbito hispanohablante, una gozosa obediencia a sus decisiones, en acatamiento a sus afanes, a su diaria vigilia de atenta sabiduría y ejemplar humildad» (pág. 11). Pero antes de bajar el telón de la «bullente actividad» de la Institución, no quisiera terminar sin expresar nuestro profundo agradecimiento a Zamora Vicente por habernos dado un frondoso árbol, del que hemos elegido aquí algunos de sus granados y exquisitos frutos.

51 «*En la ardiente oscuridad* (1950), *Hoy es fiesta* (1956), *Un soñador para un pueblo* (1958), *Las Meninas* (1960), *El tragaluz* (1967), *La detonación* (1987), *La fundación* (1974, etc.). Hay una errata a la hora de fechar *La detonación*, obra escrita entre 1975 y 1977 y estrenada el 20 de septiembre de 1977 en el Teatro Bellas Artes de Madrid.

52 Buelo desempeñó «el cargo de tesorero (1978-1986)».

53 Habría que añadir que a Buelo Vallejo sucedería en el sillón el poeta Francisco Brines (elegido el 19 de abril de 2001).

54 Francisco Nieva, «*J* mayúscula. La letra de un designio y designio de una letra» (APL, págs. 95-99).

55 Como «*La carroza de plomo candente* (1970), *Coronada y el toro* (1982), *El combate de ópalos y Tasia* (1976), etc., han revolucionado el sentido teatral». Para añadir después: «Se ha editado su *Teatro completo* (Junta de Publicaciones [sic] de Castilla-La Mancha, 1991)».